

crítico filosófico de la Homeopatía por comparacion á la Alopátia, que presento á la consideracion y juicio del público, cuyo beneficio es el blanco de todas mis miras. Si consigo dar en él, y admite con aprecio el presente escrito que le consagro, mi ambicion habrá quedado completamente satisfecha; mi trabajo completamente recompensado y aun quizá habré probado en cierto modo la verdad de la homeopatía con el hecho de atreverme á descender en su defensa á la arena, no obstante la conciencia que tengo de mi pequeñez.



INTRODUCCION.



Ya hace muchos años que la Homeopatía ó reforma médica general amaneció al mundo científico, pero tan repentinamente y con tal brillo, que deslumbró á la multitud ignorante: ostentaba un caracter tan positivo y cierto, que dejaba muy atrás todas las doctrinas médicas que le habian precedido. Tan original y extraordinaria apareció, que en nada se asemejaba á las anteriores, con lo que llamó la atencion de todos los talentos, los puso en movimiento, y á proporcion de su temple peculiar, cada uno la recibió de diverso modo.

Muchos espendedores de drogas medicinales en varias naciones, por la disminucion, que de este consumo podia traer la homeopatía, juraron su ruina y la de los que la ejercian, valiéndose para conseguir su deprabado intento, de cuantas imposturas les sugeria su abominable corazon y los de sus

amigos y paniaguados: y como cada uno de estos conspiradores reunia muchos adictos, se deja ver fácilmente, cuan escesivo debería ser su número, y cuan pernicioso su predicacion al sencillo pueblo que tenia la desgracia de abrigar y escuchar aquellos apóstoles, sin reflexionar que todos predicaban para el saco como si el lema de su bandera fuese: las boticas no se han establecido para el bien de los *enfermos*, sino para el de los *boticarios*. Aquella medianía de talentos, por una parte fácil de deslumbrar, y por otra bien hallada con su poltronería y sus preocupaciones, que tiene por divisa el insensato orgullo de ver el término de la ciencia encerrado en el horizonte de su estrecho saber, desprecio y deshecho la homeopatía con desden y sin exámen.

Tampoco se hallan bien con ella los médicos araganes que pudieran llamarse de *misa y olla*, porque se dedicaron á la medicina, no como á una ciencia, sino como á un tráfico, que les asegurase su bucólica: estudiantes reglamentarios, enemigos de meterse en honduras científicas: hombres aprobados en la facultad, mas que por su suficiencia, por una compasion mal entendida, y á puras penas para hacer sufrir penas puras y esentas de todo consuelo á los que tuvieren la desgracia de confiar la direccion de su salud á tales Gerundios del arte de curar, fieles imitadores del de el P. Isla cuando dejó los estudios y se metió á predicador.

No han faltado, ni aun hoy faltan en varias naciones notabilidades médicas de pompa y de boato avezadas á la reverencia y culto con que los le-

gos los acatan, teniéndolos por los ejes sobre que rueda todo el saber médico, en su mas alto grado de perfeccion, que aunque contemplados por ojos peritos, aparezca luego que su mérito no se halla en proporcion con el crédito que logran, sin embargo, á merced de cierto aire de circunspeccion y de importancia, que ostentan, y mediante su gerigonza escolástica, que ellos mismos no comprenden, pero que los es muy lucrativa, consiguen fascinar al vulgo que los tiene por gigantes, siendo en la realidad pigmeos.

A estos tales su amor propio no les permite ver en la homeopatía mas que la ruina de su reputacion y de su imperio; por eso la detestan y rechazan contumaces, atentos solo á conservar el cetro de la medicina que temen arrebatarse de sus manos; por eso estan siempre resueltos á defender y conservar su ventajosa posicion á todo trance; y aunque desconocen la esperiencia, aunque la temen, la hacen sin embargo, pero siempre es á medias por el temor y á medias por la ignorancia. Si se les invita al combate, lo huyen por debilidad; si se les abandona á la accion del tiempo que á todos hace justicia, su lenguaje se hace altanero y ofensivo; de modo que entre estos hombres y los de progreso, no hay alianza posible, porque el egoismo y el amor á la verdad no tienen punto alguno de contacto.

Es muy duro, muy humillante, casi imposible á un médico hecho ya tan famoso, adoptar una doctrina nueva, aunque la crea verdadera, porque seria confesar que le quedaba algo que saber y que podia

aprender hoy lo que ayer ignoraba. Mal se avendria con su orgullo el haberse de meter de nuevo á estudiante con barbas y borla, renunciar á sus antiguos trabajos y reputacion, esponerse á que le motejasen de versatil, á la pérdida de su clientela y á la privacion de los dulces hábitos de un nombre que ya no necesitaba mas lustre. Es menester conocer que todos estos sacrificios son durísimos y dolorosos, y como tales requieren un valor y desinterés á toda prueba. Mas como esto escasea y es menester co-honestar la conducta, se creen en la necesidad de engañar al pueblo para que no piense, que aquel médico orgulloso rechaza la homeopatía á pesar de sus ventajas, por conservar sus intereses personales sin detrimento, y entonces no tiene otro recurso, que decir mal de aquella, aunque su testimonio interior le pruebe lo contrario.

Entonces para suplir la falta de razones y de escritos, madura y concienzosamente pensados que no pueden producir, esplotan contra nosotros la ironía, la sátira, el desden y el ultraje. Pero como gente débil que conoce lo poco que puede y el riesgo que corre de una ignominiosa derrota, tampoco se presentan en la lid á cuerpo descubierto; dan la vanguardia á jóvenes apenas salidos de la escuela, que no conociendo por sí mismos nada de nuestra doctrina, se refieren ciegamente á la opinion de sus maestros, sin pensar que cuando pretenden desacreditar la homeopatía con folletos calumniosos, no son mas que los instrumentos de hombres mas hábiles en la malicia, que aprovechando su ignoran-

cia y deslumbrándolos con su nombre y su autoridad, les hacen creer en perjuicio de la homeopatía, cuanto conviene á sus pasiones y á sus intereses, citándoles á gusto de su paladar tratamientos homeopáticos, sin suceso ensayados en los hospitales, se entiende que sin mas testigos que las personas interesadas en hacer servir aquellos hechos clandestinos, cuando no supuestos enteramente, á sus miras particulares: hechos que aun dado caso que fuesen verdaderos, nada probarian contra la nueva doctrina, porque como los médicos alópatas no tienen de ella un conocimiento profundo, ni la esperiencia necesaria; su habilidad para seguir con los enfermos un tratamiento homeopático corre parejas con la de un sastre para hacer un par de botas, ó la de un zapatero para hacer un frak.

Estos alópatas de rango elevado, procuran por todos los medios posibles mantener al pueblo en la creencia de que son los mas celosos defensores de su salud, y que por tanto toman sumo interés en apartar de la medicina toda impureza de doctrina, toda innovacion perjudicial, cuando sola la conservacion de sus intereses sin menoscabo, es lo que les hace echarla de circunspectos y detenidos en la admision de los inventos mas útiles. Asi es que aunque conozcan la verdad y utilidad de la homeopatía, para que no parezca que posponen al suyo el interés general, resistiéndose á abrazarla, exigen de los médicos homeópatas que les demos alópatas por caucion de nuestras opiniones y aun de nuestras menores palabras; sin reflexionar que

piden lo imposible, porque lo es, *ser y no ser de los nuestros al mismo tiempo*, mediante á que el alópata que les merezca mas consideracion, la pierde toda para con ellos en cuanto dá el primer paso hácia nosotros.

Testigo irrefragable de esta verdad entre infinitos que pudiera presentar, es el doctor Brera, justamente reputado de los alópatas por una de las mas brillantes lumbreras de su escuela. Este mismo, pues, examina y contempla con aprecio y buena fé las bases fundamentales de nuestras doctrinas, y esto le ha bastado para ser tenido hoy por sospechoso de aquellos mismos que ayer tanto admiraban y aplaudian sus talentos, en dando otro paso, será inmediatamente convencido de renegado y tráfuga de la alopatía, y homeópata decidido, y si continúa escribiendo pocas palabras mas á favor nuestro, dejará para aquellos de ser médico, segun ya ha sucedido á no pocos hombres de talento que han querido de buena fé examinar y comprobar por sí mismos la homeopatía. Conque si á todos los que así se conducen, sus mismos compañeros los tratan como al cirio pascual que en cuanto se acaba de decir la verdad lo matan, ¿dónde hemos de ir por alópatas que garanticen nuestras creencias?

No se puede leer sin horror y sin indignacion la historia de la medicina, desde la aparicion de la homeopatía, por los hechos tan escandalosos que nos presenta perpetrados por médicos alópatas para desacreditarla é impedir á todo trance su propaga-

cion. Entre otros escritores, Gueirard, nos dice que al tiempo de la propagacion de la homeopatía en Viena, algunos médicos homeópatas se comprometieron á establecer y desempeñar una seccion de clínica homeopática en uno de los primeros hospitales de aquella capital, y que los médicos alópatas á cuyo cargo estaban las demas salas, desplegaron un celo y una actividad muy notables á favor de los homeópatas, haciendo que se les proveyese de cuanto pudieran apetecer para el buen éxito, porque esperaban reirse á costa de los novadores; mas luego que vieron los resultados desmentir altamente sus esperanzas, cambiaron de conducta y apostaron personas de su confianza en los tránsitos á las salas homeopáticas, provistas de sustancias venenosas que echar en las marmitas del caldo destinado para los enfermos sometidos al tratamiento homeopático. Los emponzoñadores fueron cogidos in fraganti, la publicacion de este acontecimiento produjo un escándalo infernal, y los homeópatas se negaron, como era justo, á continuar los ensayos mientras no se les asegurase á satisfaccion el campo de la experiencia.

A vista de tal maldad no parece sino que el Diablo Cojuelo en su pág. 192 de la edicion española, se refiere á los médicos ordinarios de aquel hospital, cuando dice:—*Reciben el grado de doctor en presencia de la muerte, la cual les pone la borla despues de haberles hecho jurar que no ejercerán la medicina de otro modo que el que se practica hoy dia.*—Serán tales doctores bue-

nos garantes de las verdades de la homeopatía (1)?

A parte de todo esto, habiendo sido la homeopatía el invento de un hombre solo que la publicó, probó y defendió contra todos los alópatas del universo, es claro que el mejor garante es su positivismo, es el estar como está aferrada y sostenida por la verdad, sin cuyo apoyo, sin cuya defensa necesariamente hubiera sucumbido á tantas contradicciones de los alópatas, incapaces de deponer á favor de lo que tan encarnizadamente persiguen, sin pararse en la honestidad de los medios.

Convengo en que todo el mundo tiene razon en interesarse por la causa que cree justa, de consiguiendo todo médico que ha examinado ú ha creído examinar la homeopatía y aun el que creyéndola verdaderamente indigna de exámen, ha tomado partido contra ella, puede defender sus convicciones con todos los recursos legítimos de sus talentos, pero sin faltar al decoro, y respetando otras tan necesarias y justas conveniencias.

Esto supuesto, júzguese de la modestia de aquellos alópatas que como Mr. Monfalcon parece que quieren poner á los homeópatas fuera del gremio médico, permitiéndose estas dos palabras por oposicion: *Los medicos y los homeópatas.*—La

(1) Continuando los alópatas en estas exigencias, llegaría el caso de que el último de ellos que quedase en el mundo para hacer las exequias á sus doctrinas y enterarse con ellas, aun no nos pediría por fiadores de las nuestras, los alópatas que ya no habia.

medicina y la homeopatía, con las que parece que quieren privar á los médicos de la nueva escuela de sus diplomas y de sus condecoraciones, reduciéndolos á la detestable clase de curanderos. Y si Monfalcon vé que á pesar suyo y de sus galanterías con que obsequia á los homeópatas, el crédito de estos, de cada dia crece y que no ha podido impedir que á Staph, por ejemplo, se continúe dando el título de médico, á lo menos en la carta, en que se le llama á Lóndres donde ha curado á la Reina de Inglaterra, debe tambien estar bien persuadido de que su distincion de *médicos* y de *homeópatas* no es mas, que una afectacion pueril y de mal gusto, que prueba que su autor habla de los homeópatas con la prevencion mas indecorosa y ofensiva.

Debia tambien habérsele ocurrido que siendo los homeópatas hechos precisamente de aquellos alópatas mas sábios, ó á lo menos de aquellos que no ceden en conocimientos alopáticos á Mr. Monfalcon, nos autoriza á creer, que cuando distingue la medicina de la homeopatía, quiere decirnos, que el caduco arte médico debe perder su nombre desde el momento en que se llega á curar mucho mas, mejor y con mas seguridad que antes, y que asi como otra ciencia dejó caer con desprecio el nombre de su laboriosa y pobre madre, y se ostentó opulenta y fecunda bajo el nombre nuevo de *química*; del mismo modo querrá que la ciencia saludable se nombre desde hoy *homeopatía*, y que la palabra *medicina* se abandone á los ultrages del

porvenir, y se borre en las tinieblas al lado del nombre *Alquimia*.

Por desgracia tambien para el sábio y avisado Monfalcon no percibe que á juzgar de su gente tomándole á él por tipo, es condicion indispensable para permanecer alópata contumaz abdicar la razon y la lógica. Conviene en que *la homeopatía está fundada sobre un principio nuevo, y acaso fecundo, que lega al porvenir verdades importantes, demostraciones inatacables, y á renglon seguido sienta, que todos los homeópatas son unos visionarios, sin limitarse á señalar algunos ni exceptuar al mismo Hahnemann, sino que su asercion es mas lata, es absoluta. Para que la homeopatía pudiera pasar (dice) era menester purgarla de los desvarios de los homeópatas.*

Tarea bien difícil para Monfalcon, mientras que para él mismo los *sueños* de los homeópatas son la homeopatía entera, y mientras que llama *realidades* á la ley de los semejantes y al poder de las pequeñas dosis. Y sino, si Monfalcon no es el que *sueña* y el que *desvaría*, ¿qué hace de su razon y de su lógica cuando admite una ciencia y no vé en ella mas que un *sueño, un desvario*? ¿De dónde ha recibido ademas el poder de abolir las leyes de la naturaleza que se le antoja, siendo generales y eternas, y sustituir otras escepcionales de su capricho, cuando admite el poder de las pequeñas dosis respecto á ciertas sustancias, y las niega respecto á ciertas otras?... ¿Con qué razon llama estimulante al régimen de la homeopatía que man-

da escluir de él en lo posible cuanto participe de alguna propiedad medicinal, *estimulante*, ú otra que no sea esclusivamente nutritiva? Mejor fuera que supuesto conoce nuestro régimen de otro modo mejor que el que nosotros le conocemos, se dignase instruirnos respecto á esto, y se lo agradeceríamos. Tambien cuando por servicios de este género mereciera colocarse entre nuestros maestros de la teórica y práctica homeopáticas, le concederíamos el derecho de tamizar la ciencia, privándola de todo lo que de vicioso han introducido en ella los homeópatas; pero mientras haya hecho y visto menos que nosotros en esta materia, que nos permita le tengamos por incompetente para determinar el punto preciso, en que nuestras creencias deban hacer alto por ser el punto preciso en que comienzan á ser sueños.

Lo que Mr. Dessaix á nombre de la Academia homeopática de Lion, de que es secretario general, reprende al bueno de Monfalcon, puede que no sea sueño, porque es seguro que cuando el Cólera morbo epidémico devastaba á Marsella, Mr. Monfalcon encontró en esta ciudad á Mr. Dupplat, que le quiso leer numerosas observaciones de coléricos curados por la homeopatía, y Monfalcon rechazó la lectura por la razon poderosa para él, de ser homeópata Dupplat. Parecia racional que estando como estaba el primero encargado por el gobierno de su nacion de hacer allí frente al cólera, y empeñado en una lucha sin esperanza de triunfo, hubiera acogido cualquiera noticia ventajosa, á lo menos no debería

reusarle alguna atención, aun cuando el que le proponia un nuevo método de tratamiento mas feliz, hubiera sido un tártaro, un indio, ú otro bárbaro; pero esta atención se reusó sin vacilar á Mr. Duplat, porque era homeópata, aunque práctico mas instruido que Monfalcon, porque habia pasado á través de la primera epidemia colérica, y habia presenciado todos los horrosos estragos de la segunda que Monfalcon no habia visto.

Con un poco que los alópatas como este meditarán sobre su conducta, deberian conocer que no respondia á sus designios, y que favorecia nuestra causa, porque no se les ocultaria que tanto empeño en evitar nuestro roce, en no querer saber nuestras cosas, ni verlas, ni hablar con los que las habian visto, mostraba claramente el temor que tienen de hallar solo desengaños y derrotas allí, donde deseáran ir por armas con que combatirnos. Por sostener su temeraria resolución, desoyen los gritos de la humanidad, en cuyo perjuicio escuchando solo el eco de un insensato orgullo, quieren hacer de nosotros otros tantos *Parías*, sin considerar que en un mundo donde la homeopatía se estiende tan prodigiosamente (como que hoy dia cuenta la Francia á millares los homeópatas, cuyo número hace pocos años era el de cuatro ú cinco; tanto les van comprimiendo, y reduciendo de cada dia á ocupar un círculo mas estrecho); son ellos mismos los que á fuerza de tal aislarse, se condenan al mas lastimoso ostracismo.

Los adversarios de la homeopatía que acabo de diseñar, por su edad y su antigüedad práctica, car-

gos que obtienen y consideraciones que logran, deben ser mirados como gefes de la coalicion, de quienes son subalternos otra turba multa de doctores visoños. El aplomo, severidad, cordura y sensatez que los primeros aparentan á vista del pueblo que en su edad echaria de menos la falta de tales adornos, está remplazada en los últimos por el atolondramiento, la irreflexion, la audacia y fuego de la baja edad de que hacen gala. Médicos intonsos, rodeados todavia de la atmósfera escolar, que como aun no se han familiarizado con la esperiencia, ni sufrido los reverses de la práctica, arremeten con todo sin detenerse en barras. La sed de los combates y el no sospechar de la inseguridad de las opiniones que aquellos les comunicaron en los bancos de la escuela, unido todo al deseo que tienen de granjearse el amor de sus maestros, defendiendo su partido, les impele á combatir las opiniones de los demas, cualesquiera que sean, con armas por lo regular poco corteses que á menudo les hacen traicion volviéndose contra los mismos que las emplean. La ironia, la mentira, el sarcasmo, la procacidad, la falta de educacion, y de respeto para con las personas mas dignas de él, forman el arsenal critico de estas gentes, que á mayor abundamiento tergiversan citas, las dislocan, las fraccionan, tomando de ellas solo el trozo que puedan interpretar á su favor, separado del resto de la frase, que entera, probaria lo contrario de lo que quisieran hacer entender (1).

(1) Se ha inculcado á Hahnemann de inconsecuente porque prohibiendo en toda medicacion homeopática el

Entre los notables de esta clase, se han señalado por su atrevido y poco decoroso lenguaje MM. Gerdri, Sanson y Fleuri, este último cirujano del hospital de San Luis en París, autor de un folleto titulado: *L'Homeopathie exposée aux gens du monde*; traducido al español, no se sabe por quien, cuyos remordimientos acaso le hicieron cubrirse con el velo del anónimo. En la portada se lee: *L'home est de glace aux vérités, il est de feu pour le mensonge*. Y en verdad que el lema es verdadero, y cuadra bien, si Mr. Fleuri se ha propuesto darnos en él su retrato, porque el folleto parece era el producto volcánico de un pecho vomitando sin cesar encendida lava de mentiras y los mas atroces insultos contra una doctrina que el folletista desconoce, y sin las consideraciones que la buena educacion quiere se tengan hácia un sábio doctrinario de edad mas que octogenaria. Sirvan por lo pronto de muestra estos pocos rasgos de moderacion, que Mr. Fleuri ha tenido á bien de estampar en su citada paulina. Pág 33: *La accion pura de los medicamentos hemeopáticos es mas que una bro-*

uso de sustancias aromáticas, persuadido de que pueden viciar, ó anular la accion del medicamento homeopático, se permite él mismo y aconseja la aplicacion entre las espaldillas, de un emplastro de pez de Borgoña, en un caso que señala, pero el mismo inculpador ha tenido mucho cuidado de callar, que á renglon seguido dice aquel sabio reformador médico, que se retracta y retira dicho consejo, porque ha visto despues que el uso dicho del emplastro era perjudicial en todo tratamiento homeopático.

ma; es la ironía en los gruesos (1) labios alemanes, es la mofa salida de una cabeza hipocondriaca y alucinada. Pág. 22: extraño macho que un hombre que ha osado imprimir obra semejante, no se halla encerrado en una casa de locos á causa de su enagenacion mental. Pág. 39: se llena uno sucesivamente de piedad, desprecio é indignacion para con los desgraciados que pueden concebir semejantes tonterías, y que no se ruborizan de imprimirlas, atreviéndose á hacer de ellas la base de un sistema.

No es enteramente de este lugar el pasar revista á todos los insultos que el cirujano de San Luis vomita contra un hombre por tantos títulos respetable, contra sus doctrinas y contra los que las siguen, aunque estos se cuentan por millares en Europa, y aunque su crédito científico antes de abrazar la homeopatía, fuese ya incomparablemente mayor que el de Mr. Fleuri, pero tampoco es del todo inoportuno que cuando estoy dando cuenta del recibimiento que la homeopatía ha tenido en varias partes, y que cuando me ocupo de dar á conocer sus diferentes enemigos y temple de las armas que empuñan, me detenga un poco con Monfalcon y Fleuri, haciendo conocer de mis lectores estos dos corifeos, para que por ellos puedan juzgar de los demas antagonistas de la nueva escuela.

(1) Gruesos labios. Ignorábamos que el tener un sábio gruesos labios probára algo contra sus doctrinas.